

de San Ignacio de Loyola y de San Bernardo, presentaba por sí misma al P. Claudio Acquaviva á su divino Hijo, para que le eligiese General de la Compañía; y el amabilísimo Jesús, accediendo á los deseos de su purísima Madre, dió al P. Claudio su bendición. Fué efectivamente el P. Acquaviva uno de los Generales más ilustres de este Instituto; y entre tantas empresas de la mayor gloria de Dios, que promovió hasta su muerte, tenia singular complacencia en recomendar á todos sus hijos la más tierna devoción á María; empeño piadosísimo que desde los comienzos de la Compañía había preocupado constantemente á su glorioso Fundador.

Ipsam cole,

Ut de mole

Criminum te liberet;

Hanc appella,

Ne procella

Vitiorum superet.

Nemo dicet

Quantum licet

Laudans ejus merita,

Quae cunctorum.

Sunt sanctorum

Supra culmen posita.

(San Casimiro)

Ama á esta excelsa Reina;

Que ese amor santo

librará del peso

De tus pecados.

Y si la llamas,

Libre de la tormenta

Saldrá tu alma.

Siempre la lengua humana

Quedará corta,

Al cantar de esta Virgen

Madre la gloria;

Porque se encumbra

Sobre todos los santos,

Radiante y pura.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á Su divina Majestad, al prepararse para la sagrada Comuni6n, las virtudes y méritos de María.—
A Santa Gertrudis, que deseaba con vivas ansias esta digna preparaci6n, dió un día la Santísima Virgen una joya de admirable resplandor, adornada con muchas piedras preciosas que representaban sus virtudes; y con ella quedó Gertrudis magníficamente preparada para recibir á su divino Esposo Jesús.

**Novena á la Inmaculada Virgen María,
Madre Santísima de la Luz.***

PRIMER DIA.

Puesto de rodillas delante de la Imagen de María Madre Santísima de la Luz, levantará el corazón á Dios, que está presente, y reverenciéndole con profunda ado-

** Del P. Pedro de Echavarrí, de la Compañía de Jesús.—*

ración, le ofrecerá sus obras, pensamientos y palabras á honor de Cristo Sol de justicia, y de su clarísima Madre, y hará con el mayor dolor posible este

ACRO DE CONTRICCIÓN.

Señor mío Jesucristo, verdadera Luz de cielos y tierra, que eclipsada en la Cruz con la funesta sombra de mis culpas, nos sacaste de las tinieblas del pecado al resplandor de la gracia: por lo que padeciste por mí, y por quien eres, me pesa, Dios mío, de todo mi corazón de haberte ofendido: propongo una firme enmienda, y no pecar más, y espero en vuestra bondad y misericordia infinita, me has de perdonar por tu preciosa Sangre y por los méritos de tu pasión y muerte.—Amén.

Después se dirá la oración siguiente, con recuerdo al primer coro de los espíritus celestiales que llamamos y son los ángeles.

ORACIÓN.

Soberana Emperatriz de los cielos, María Madre Santísima de la Luz, y por eso Madre dignísima de Cristo, verdadero Sol de justicia; postrado á tus pies, y reconociendo mis graves culpas, te ruego y suplico por la Sangre de mi Redentor, que me comuniques el cuidado debido en la observancia de los divinos preceptos á que me inclina con inspiraciones continuas el ángel de mi guarda, uno de los que forman el primer coro de los celestiales espíritus. Haz, Soberana Princesa, que los imite yo en la pureza y en el

conato de cumplir en todo la voluntad de tu santísimo Hijo Jesús, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.—Amén.

Esta oración sólo se dice el primer día; porque los demás se canta según los coros de ángeles. Acabada ella, se rezan con atención y fervor siete Ave Marías á la Santísima Madre, por los siete dones con que el Espíritu Santo la adornó y sublimó sobre todas las puras creaturas, y se le dan las gracias en esta breve

CONGRATULACIÓN.

Espíritu Santo Paráclito, consolador y lumbré de las almas, Dios y Señor nuestro, á quien se atribuyen especialmente las obras de la justificación, como indicios de tu eterno amor; yo te doy infinitas gracias por los dones y excelencias incomparables con que sublimaste á María mi Señora, Madre Inmaculada de la increada Luz, Esposa tuya dignísima: y te suplico por sus merecimientos unidos á los de su precioso Hijo, me concedas un dolor intensísimo de mis culpas, para que así quede digno de tu amor y de tus dones; y por último logre gozarte eternamente y adorarte con el Padre y con el Hijo por los siglos de los siglos.—Amén.

Acabada esta oración gratulatoria, se dice al Niño Jesús, esta

ORACIÓN.

Dulcísimo Jesús, que á la mano siniestra de María tu clarísima Madre, recibes de un ángel los humanos

corazones arrepentidos de sus culpas, y encendidos en tu amor. Haz, Señor dulcísimo, por los méritos de tu pasión y muerte, y por los que te complaciste en la pureza sin igual de tu Madre, que mi corazón deteste los errores y pecados que ha cometido, y se abrase en tu divino amor, para que sea digno de que mi ángel de guarda te lo presente, y eternamente te lo consagre, porque así te ame en los siglos de los siglos sin fin.—Amén.

Aquí se vuelve á levantar el corazón á Dios, y con gran fe y esperanza se le pide por los méritos de Cristo y la Pureza inefable de María, y el feliz suceso en el negocio ó cuidado porque se hace esta novena, suplicándole nos lo conceda del modo que fuere más conforme á su divina gloria, y la mayor utilidad y bien de nuestra alma.

Acabada la petición, se dirige el corazón á la Madre Santísima con esta

DEPRECACIÓN.

Augusta, soberana Virgen, Reina de los ángeles y de todos los bienaventurados, Inmaculada Madre de la Luz, que concebiste de tu sustancia y diste á luz la Luz eterna de los cielos y tierra, Cristo Jesús verdadero Hombre; postrado á tus pies humildemente, te suplico me alcances de tu soberano Hijo, el favor que en esta novena te pido; y que en este y los demás negocios y cuidados de mi vida, el principal sea siempre en mi atención *aquel uno necesario*, que consiste en servir y amar á Dios de todo corazón. Haz, benigna y poderosa Reina, que, libre de la boca

del abismo y su infernal dragón, viva mi alma eternamente en tu compañía, alabando á Dios como los astros del firmamento, y cooperando con sus luces al resplandor incomparable de la tuya que es Luz de la Luz de tu Hijo; rayo de su esplendor y ornamento de su gloria.—Amén.

ORACIÓN.

¿A ti ocurre, oh Madre Santísima de la Luz! Reina soberana de los ángeles y de los hombres; como á mi seguro puerto á solicitar tu protección y amparo. Tú, eres Señora de este ingrato siervo; Madre de este indigno hijo; y salud de este desvalido enfermo, concebido en flaquezas y miserias; pero Tú como Señora todo lo puedes; como Madre todo lo suples, y como Salud todo lo curas; puedes hacer de un siervo inútil un diligente esclavo; de un hijo indigno quien dignamente te reverencie; y de un enfermo un espíritu sano. Desata las prisiones de los que ciegos sirven á sus pasiones, y la de los cautivos; ayuda á los flacos; pon en descanso á las afligidas almas del Purgatorio; remedia todas las necesidades de nuestra Santa Madre Iglesia; pues eres Luz resplandeciente para todos; y á mí, que me acójó á tu amparo, concédela á mi atribulado espíritu para que camine por la senda que sea más agradable á tu Hijo santísimo, y de tu mayor servicio. Esto sólo te pido, esto sólo deseo y esto me atrae á tus aras, y no he de salir triste de donde todos vuelven con consuelo, por el amor con que te aman el Eterno Padre, su Hijo y tuyo Santísimo, y el Espíritu Santo, cuyas tres divinas

Personas son un solo Dios verdadero que vive y reina eternamente.—Amén.

SEGUNDO DIA.

Dulcísima Virgen María, Madre purísima de la Luz y Madre nuestra clementísima, que te ves obsequiada de los arcángeles, como ministros de Dios en los negocios más graves de su servicio: suplicote, Reina amabilísima, por los merecimientos de tu Hijo y tuyos, y por los que Dios se complace en este segundo coro, que me concedas el que coopere con ellos á quanto fuere de la mayor gloria de Dios; y el negocio que en esta Novena solicito, dirigiéndolo á su mayor alhanza, y á mi mayor utilidad.—Amén.

TERCER DIA.

Soberana Virgen María, Madre clarísima de la eterna Luz que inspiras sobre aquellos celestes espíritus que se llaman Principados. Haz, Señora, que en nosotros ejerzan tu empleo, alumbrándonos, é instruyéndonos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, ó por sí, ó por medio de los ángeles y arcángeles sus inferiores; y alcánzanos también de Dios lo que pido en esta Novena, enderezándolo á mayor honra, tuya y gloria de tu esclarecido Nombre.—Amén.

CUARTO DIA.

Santísima Virgen María, Madre Inmaculada de la Luz, postrado á tus sagrados pies te pido rendida-

mente me encomiendes á las Virtudes que componen el cuarto coro de los espíritus soberanos, y pues por ellos obra Dios las grandes maravillas de su poder, haz por su medio que en mi alma, se practique el milagro de una grande conversión á Dios, de suerte que en adelante no desee ni aspire sino á lo que fuere de la mayor gloria divina, y que por sus merecimientos unidos á los tuyos y los de tu Hijo, alcance feliz éxito en el presente cuidado, dirigiéndolo en todo á tu sagrado beneplácito.—Amén.

QUINTO DIA.

Soberana Virgen María, esclarecida Madre de la Luz, y Reina de las Potestades, por cuyo medio refrena Dios el orgullo de los espíritus apóstatas y rebeldes, haz benignísima Princesa, que también por su medio se reprima el furor de mis enemigos, y que mi alma se libre de caer en la boca del abismo, y en las fauces del infernal dragón, para que sea trofeo de su poder y misericordia. Te suplico asimismo, encamines el negocio de esta Novena á mayor gloria de Dios, honra tuya y bien de mi alma.—Amén.

SEXTO DIA.

Purísima Virgen María, Madre de la Luz increada, Reina poderosísima, que ejerces tu señorío y majestad en las mismas Dominaciones, que son los espíritus soberanos, que presiden á los inferiores coros como ministros de Dios ejecutores de su rectísima voluntad. Haz, Señora, que logremos el domi-

nio de nosotros mismos, venciéndonos y sujetando nuestros apetitos á la razón, para que observemos enteramente los divinos preceptos. Y concédeme también el favor particular que pido en esta Novena, á mayor gloria de Dios.—Amén.

SEPTIMO DIA.
Virgen benditísima María, Madre de la eterna Luz, que eres trono augusto de la Santísima Trinidad, y por eso reina de aquellos espíritus, en quienes descansa Dios como en asiento y trono de la grandeza y majestad. Por estos altísimos Príncipes, y especialmente por tu Hijo, Rey y Señor de todos, te ruego que mi alma llegue á una pureza tal, que merezca hospedar en ella á Dios, tan de asiento, que sea como trono de su agrado y complacencia; y el favor que pido en esta Novena, dirígelo, suavísima Señora, al fin del mayor obsequio de mi Dios.—Amén.

OCTAVO DIA.

Sapientísima Virgen y Madre de la eterna Sabiduría, por ser Madre Inmaculada de la Luz, María Reina de los querubines, así llamados por la plenitud de ciencia y sabiduría que gozan: alcánzame de Dios la ciencia más provechosa, y la que es ciencia de los Santos, un temor de Dios filial y reverente con que quiera perder todas las cosas antes que incurrir en ofensa suya. Haz, Reina y Señora, que en esto lo imite; y juntamente intercede con tu soberano Hijo,

á favor de lo que solicito en esta Novena, ordenándolo enteramente á su divina rectísima voluntad.—Amén.

NOVENO DIA.

Amantísima y amabilísima Virgen María, Madre de la eterna Luz, Esposa dignísima del Espíritu Santo, en cuyo purísimo amor te abrasas, como Emperatriz de los serafines, aquellos supremos espíritus que se aventajan á los otros por el imponderable fuego que respiran, en que arden, y con que aman incesantemente á Dios. Consigue de Su Majestad, Señora, que mi alma se encienda en el fuego de ese mismo amor, de suerte, que se derrita en él y se transforme en Dios únicamente amado. Alcánzame también el éxito feliz en el negocio, que especialmente pido en esta Novena á mayor gloria de Dios y honor tuyo, Madre amabilísima de la Luz.—Amén.

SALUTACIÓN.

que hacia á los Corazones dulcísimos de Jesús y María, la V. María Pillani, religiosa de Santo Domingo.

Una Ave María se dice primero, y acabado el ofrecimiento.

Dios te salve, Corazón dulcísimo de Jesús, fruto bendito del purísimo vientre de mi Señora la Virgen María; yo te ofrezco el castísimo y purísimo Corazón de tu Santísima Madre, con este miserable mío, y te doy humildes gracias por las infinitas y especiales prerrogativas con que enriqueciste y llenaste el corazón amplísimo de tu Santísima Madre.

AVE MARIA.

Dios te salve, ardentísimo Corazón de la que, siendo como eres Madre de Dios, eres Reina del cielo. Yo te ofrezco el dulcísimo y piadosísimo Corazón de tu Santísimo Hijo mi Señor, y te doy humildes gracias, por los mismos servicios y obsequios con que le asististe; y á Ti, Hijo del Eterno Padre y Redentor mio, te doy humildes gracias por los innumerables privilegios con que enriqueciste y adornaste el Corazón de tu Santísima Madre; á quien invoco abogada ahora y en la hora de mi muerte.—Amén.

AVE MARIA.

¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Oh piadosísima María! En unión dulce y amorosa de entrambos Corazones os ofrezco este misero, pobre y helado corazón mio; válgame, Señor, tu clemencia; que yo en tan grande miseria me acojo á los méritos de tu pasión, y á los ruegos de tu Santísima Madre: dame de limosna, ¡oh amor divino! tu ardentísimo amor; para que no tenga ni posea otro mi corazón, que á Ti, Luz increada, Luz divina, y á tu Madre dulcísima, que los dos viven y reinan, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.—Amén.

SALVE Á LA SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ.

Dios te salve, Virgen,
Del Empíreo Reina,
Dios te salve, Madre
De la Luz excelsa,

Dios te salve, Vida
De las almas muertas,
Y dulzura suave
Y esperanza nuestra,
Tú entre las borrascas
De esta vida incierta,
Fres para todos
Cual polar estrella,
Porque nos alumbres
Entre las tinieblas,
A Ti levantamos
Voces lastimeras,
Como desterrados
Tristes hijos de Eva,
A Ti súspiramos;
Oye nuestras quejas,
En el hondo valle
De llanto y miseria,
Gemir á toda hora
Y llorar es fuerza,
Ea, pues, Señora,
Y abogada nuestra,
Vuelve hacia nosotros
Tus miradas tiernas
Las luces brillantes
De tus ojos sean,
El dulce consuelo
En tanta tristeza.
Sientan los influjos
De esas dos estrellas
Los perseguidores
De la santa Iglesia.

Míralos, ¡oh Madre!
 Porque se conviertan;
 Y á nosotros mirados
 Porque no nos vengán;
 Y cuando el fin llegue
 De nuestra carrera,
 Término dichoso
 El destierro tenga.
 Y entonces ¡oh Madre!
 A la luz más bella
 De tu vientre fruto,
 A Jesús nos muestra;
 ¡Oh Virgen clemente!
 ¡Oh piadosa y tierna!
 ¡Oh dulce y amable!
 Suave y halagüeña
 Madre de las luces,
 Por nosotros ruega,
 Para que el pecado
 No nos oscurezca,
 Y que conducidos
 Por la luz eterna
 De Jesús logremos
 La dulce promesa.—Amén.

Á NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

SONETO.

Tú eres la Luz de la fulgente aurora,
 La que ofusca el lucero matutino;
 Eres la Luz que á iluminarnos vino
 Y á consolar al misero que llora,

Eres la Luz, que los espacios dora
 Para mostrar la senda al peregrino,
 Cuando ha perdido el celestial camino
 Y ante tus plantas tu piedad implora.
 La Luz, que del Edén ha descendido,
 Es la excelsa Maria, Madre amante
 Que su luz celestial ha difundido,
 A Ella elevando oración constante,
 Mi guía, mi Norte y mi fanal ha sido,
 Como el faro del puerto al navegante.

P. ALARCON.

Novena á la Madre Santísima de la Luz.*

Entre la multitud de títulos con que la piedad cristiana venera á Maria Santísima Señora nuestra, ninguno más ajustado ni más propio á su dignidad altísima de Madre de Dios, que el de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ. Llamar á Maria Santísima MADRE DE LA LUZ, es saludarla con el epíteto de que más se gloria Jesucristo, cual es el de Luz: es acordarle, que Ella es la celestial Aurora que nos trajo en sus brazos la verdadera divina Luz del cielo: y es, en una palabra, confesar para gloria y honra suya, que Ella es á quien el mundo debe toda su felicidad. De ningún otro simbolo ó jeroglífico hizo más aprecio Jesucristo que del de Luz: con ninguno otro quiso más expresamente ser conocido y venerado

* Del R. P. Fr. José Francisco Valdés, Religioso Descalzo de la Provincia de San Diego, de México. 1792.

que con el de Luz: no contento con haber dicho por su boca que El era la Luz del mundo, quiso que su discípulo amado el Santo Evangelista añadiese con toda claridad que era la Luz verdadera que habia venido á alumbrar é iluminar al mundo: esto es, Luz, no simbólica ó metafórica, sino Luz que real y verdaderamente hacía los oficios de la luz, cuales son desterrar las tinieblas, ilustrar el mundo, alegrarlo, vivificarlo, ennoblecerlo, y poner á los ojos de los mortales la hermosura de las creaturas. Razón porque la Iglesia saluda á Jesucristo en el símbolo que canta en el santo sacrificio de la Misa, con el epíteto de Luz, que tiene su origen y nacimiento en la Luz eterna del Padre: Dios purísimamente engendrado del verdadero Dios, y Luz emanada de la verdadera Luz.

Tanto como esto es el aprecio que hace la Iglesia del título de Luz, con que venera á su divino Maestro Jesucristo; y ¿quién á vista de esto podrá poner en duda la complacencia que le resulta á María Santísima de la Luz? Y más, cuando el título de Luz no es tan privativo de Jesucristo, que no le convenga también por participación á la sagrada Reina de los ángeles: siendo verdad de fe que todos, cuantos elogios, cuantas alabanzas, cuantos títulos y epítetos da la santa Iglesia á su sagrada Cabeza Jesucristo, tantos proporcionadamente le franquea y acomoda á María. En consecuencia de lo cual, no sólo es esta gloriosísima Señora MADRE DE LA LUZ, por haber dado el ser como Hombre á la divina Luz Jesús; sino también porque Ella es la que en compañía de su divino Hijo ilumina, alegra y regocija al mundo.

Así lo confiesan animosamente los Santos Padres, sin temor de agraviar en esto al Hombre-Dios, quien acepta y recibe como tributados á El, los elogios que se le tributan á su purísima Madre. Persuadida de esta verdad la piedad cristiana, y reconocida á los beneficios que debe á esta Señora, procura con la variedad de títulos y advocaciones con que saluda á María Santísima, desempeñar su gratitud, y satisfacen en algún modo las grandes deudas que contrae por esta beneficencia. Pero, siendo los mayores beneficios que podemos recibir de la mano amorosa de esta Señora, el que nos liberte de la eterna condenación y nos presente á su Hijo divinísimo, como ofrenda digna á tan alta y pura Majestad, ¿en qué otra advocación ó título de María Santísima se expresa con más claridad el reconocimiento de tales beneficios, que en esta de MARÍA, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ? Aquí confesamos, publicamos y pregonamos, que el no haber caído en el profundo abismo del infierno, que el no habernos tragado el infernal dragón, y no estar ya ardiendo en aquellas eternas llamas; lo debemos á María, quien con el brazo poderoso de su intercesión embarazó ó detuvo nuestra caída, alcanzándonos de su Hijo Santísimo el auxilio de la gracia, para levantarnos del miserable estado de la culpa, á tiempo para reconocer nuestro riesgo, y apartarnos de él por medio de un arrepentimiento verdadero. Y que de la misma suerte el ofrecer nuestros corazones limpios de la asquerosa mancha de la culpa, y presentarlos víctima agradable á Jesucristo, lo debemos á María, quien por medio de los ruegos con que incessantemente clama á su Hijo, nos

alcanzó la gracia de disponernos y proporcionarnos para podernos poner delante de aquel justísimo Juez, como ofrenda digna de Su Majestad. Avivemos, pues, nuestra devoción, y para corresponder á tanto beneficio, y hacernos acreedores á su continuación, hagamos esta Novena.

Hincándose de rodillas, y haciendo la señal de la Cruz, se da principio con el Acto de Contrición que se sigue:

ACTO DE CONTRICIÓN.

¡Oh Padre de las lumbrés y Redentor dulcísimo de las almas, Jesús! ¿Cómo osaría este indigno y miserable pecador ponerse ahora en tu presencia, si la Luz de la fe no le enseñara que tu misericordia es infinita, y tu piedad inagotable? ¿Cómo tuviera yo valor para hablarte, si la fe no me enseñara que tu bondad es infinitamente mayor que mi maldad; y que nada deseas más que derramar esos raudales de misericordia, que nacen de tu seno, en corazones humillados y arrepentidos? He aquí, Señor, que guiado yo de esta soberana Luz, y confiado en la fidelidad de tus promesas, vengo á tus plantas cubierto de vergüenza y de rubor, pero lleno también de confianza, á confesar mi ingratitud, á pedirte perdón, y á publicar que he merecido mil veces el infierno, que he merecido el que Tú me abandonases á una eterna perdición; pero que volviendo ahora tus ojos á mi arrepentimiento y mi dolor, te has de acordar de tu piedad, y me has de perdonar y darme gracia para enmendarme y perseverar en tu servicio hasta la muerte.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh purísima Virgen María, Reina de los ángeles y de los hombres y Emperatriz augusta del Empíreo! ¡Cuánto me regocijo y alegro al verte honrada con el título de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ! Eres verdaderamente Madre de la Luz, y te hiciste acreedora á este ilustre título desde el instante mismo en que concebiste en tu virginal seno, y le diste carne, al que es Luz increada y resplandor del Padre Eterno, Jesucristo Señor nuestro. ¡Qué gloria tan grande para Ti, y qué beneficio tan apreciable para mí! MADRE DE LA LUZ te has mostrado para mí tantas veces, cuantas me has alumbrado para que no cayese en aquel precipicio espantoso del infierno, á donde yo caminaba alucinado con el falso resplandor de los deleites mundanos. Hubiera caído ciertamente en el abismo, si Tú movida de tu piedad y misericordia no hubieras alargado el brazo de tu intercesión y me hubieras alcanzado del Todopoderoso un rayo de aquella Luz divina de la gracia, para que abriese los ojos, y viese el precipicio que me amenazaba. ¿Con qué afecto de reconocimiento y gratitud deberé corresponder á tan grande beneficio? ¿Qué paga será bastante para satisfacer tamaña deuda? Yo no encuentro otra que ofrecerte mi corazón: dignate admitirlo, y ponerlo entre esos que han logrado la fortuna de llegar á tus manos. Yo protesto que de aquí en adelante ya no es mío mi corazón; porque todo lo renuncio y lo sacrifico á tu soberanía, para que nada ame sino á Ti, nada deseé sino á Ti, nada busque, nada pretenda, nada solicite sino agradarte á Ti,

empleándose enteramente en el servicio de tu Santísimo Hijo, y mi amorosísimo Redentor Jesús.—Amén.

Se rezan cinco Ave Marías á honra del dulcísimo Nombre de María, y luego se dirá la Oración que corresponde á cada día.

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA.

¡Oh purísima Reina de los ángeles, María Señora nuestra! ¡Qué bien acomodan á tu soberanía los elogios debidos á la Luz! Así como la Luz fué entre las creaturas materiales la primera que se llevó las atenciones del Criador, así tú entre las puras creaturas racionales, fuiste la primera que se mereció sus atenciones y su grado, siendo la Primogénita que salió de la boca del Altísimo. Sea para bien, que hayas logrado tan alta felicidad: que yo entretanto fiado en la benignidad de tu noble y generoso corazón, espero le envíes al mío un rayo de la hermosísima luz de gracia de que estás rodeada, para que abriendo los ojos á la verdad, en Dios sólo fije mi atención, en sólo Dios ponga mi amor, y no sean otros mis deseos sino agradar á sólo Dios. Ea, piadosísima Señora, vuelve tus ojos misericordiosos hacia este miserable pecador: vence con la poderosa influencia de tus luces la ceguera obstinada de mi corazón, y ablanda su dureza, para que empleado en amar á mi Dios y mi Señor en esta vida, merezca gozar su vista en el día claro de la eternidad.—Amén.

ORACIÓN PARA EL SEGUNDO DÍA.

¡Oh MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ y Purísima Madre de Jesús! El oficio primero de la Luz material luego que salió de las manos del Artífice Supremo, fué desterrar las tinieblas en que estaba el mundo sumergido; y el efecto primero que vió el mundo luego que concebiste en tu Vientre virginal al Criador de todo lo que tiene ser, fué desterrarse las melancólicas sombras del pecado, y ahuyentarse las tinieblas del Paganismo y la infidelidad. ¡Qué título tan justo éste para apellidarte MADRE DE LA LUZ; y cuán poderoso motivo para excitar nuestro reconocimiento y gratitud á tamaño beneficio! Yo, Señora, en nombre de todos lo reconozco y lo confieso, y quisiera que reunidos en mi corazón los afectos de las creaturas todas racionales, todos, todos se emplearan en darte las debidas gracias: pero ya que no puedo dártelas como deseo, te las doy como puedo. Seas para siempre bendita, y bendito para siempre el fruto de tu seno purísimo. Haz con tu poderosa intercesión, que, vencidas con la luz de la gracia las sombras que me ofuscan del pecado, suba á ver cara á cara al Sol increado en el Empireo.—Amén.

ORACIÓN PARA EL TERCER DÍA.

¡Oh amabilísima Madre de los pecadores y Madre de Dios! ¡Con qué títulos tan justos te apellidas MADRE DE LA LUZ! Así como en el principio del mundo no había más que sombras, tinieblas y oscuridad hasta que nació la Luz, así en el mundo racional no

había más que ignorancia, pecados y maldad, hasta que saliste tú á derramar con el fruto bendito de tu vientre la Luz á los mortales! Qué desgracia tan grande sería la mía, si acercándome ahora, como me acerco, humilde y confiado á tu presencia, no lograra que me alumbrase esa Luz, y que se desterrasen de mi alma las tinieblas de mi ignorancia y mi maldad! ¡Oh! No sea así, Señora: yo estoy cierto de que no me engaño cuando confío en tu piedad y clemencia: poder tienes para hacerlo: piedad y clemencia tienes para desarlo: Virgen poderosa, Virgen clemente, *Virgo potens, Virgo clemens*, te canta cada día y cada hora la Iglesia: ¡qué campo tan grande te ofrece mi miseria para acreditar tan ilustres elogios! Ejercita tu piedad con este infeliz pecador, mudando con tu poder su corazón, y haciendo que se parta de dolor de haber ofendido á tu Hijo y su Criador.—Amén.

ORACIÓN PARA EL CUARTO DÍA.

¡Oh dulcísima Virgen María, Madre de los pecadores! ¿Qué hubiera sido el mundo, sino un horrible caos de oscuridad y confusión, si la hermosísima creatura, la Luz no lo hubiera vivificado y alegrado con sus benéficos resplandores? Sepultado hubiera quedado en un abismo de tristeza y melancolía, si la Luz no lo hubiera hermoseado y adornado. Pero, ¿qué es esto sino un rudo bosquejo y una ligera sombra del inmenso beneficio que á Ti te debe el mundo, por haberlo vivificado y alegrado con la Luz verdadera, Jesucristo? A Ti te debemos este bien: Tú eres por esto acreedora á nuestro reconocimiento:

Tú con aquel "*hágase en mí según su palabra*," sacaste del seno del Eterno Padre al Verbo divino, y lo pusiste en medio de las tinieblas de este mundo, para que las desvaneciese y lo iluminase. Celébrete en hora buena la Iglesia santa, y diga que eres Tú la causa de nuestra alegría: *Causa nostrae laetitiae*. Pero ¿cómo podré yo cantarte con verdad esta alabanza, si no me alcanzas de Dios la verdadera alegría, que es el gozo de la buena conciencia? Alcánzame, amada Madre mía, por aquel gozo que tuviste al verte sentada en el Empíreo al lado de aquel Hijo tuyo amabilísimo, que tantos dolores te había costado en el Calvario.—Amén.

ORACIÓN PARA EL QUINTO DÍA.

¡Oh Purísima Virgen María, Refugio de los pecadores! ¡Con qué ventajosas circunstancias miro copiadas en Ti las más brillantes propiedades de la Luz! Por inmundos y asquerosos que sean los lugares y sitios donde entra la Luz, siempre conserva ella su limpieza, sin mancharse jamás, ni disminuir sus lucimientos. Dibujo el más cabal y perfecto de tu pureza virginal, saliste á este mundo, cubierto todo y lleno de los asquerosos achaques de la culpa; pero saliste tan limpia, te conservaste tan pura y tan hermosa, que ni la mancha más ligera del pecado empañó tus candores. Renueva, piadosísima Señora, este prodigio en mi pobre corazón: entra en él por la gracia; y no sean obstáculo las feas manchas de mis culpas, para que lo ilumines con los rayos de la divina caridad y amor á mi Señor y mi Dios. Acredita

que eres Luz; y no te niegues á derramar las luces de la gracia sobre mi alma, que no desea otra cosa, sino limpiarse de las manchas de sus gravísimos pecados, para hacerse digna ofrenda á los ojos de tu santísimo Hijo, y lograr la bienaventuranza prometida á los limpios de corazón.—Amén.

ORACIÓN PARA EL SEXTO DÍA.

¡Oh amabilísima Princesa del Empireo y Abogada de los pecadores!; Cuán gloriosamente te acreditan de benéfica hermosa Luz los efectos de tu admirable bondad! No sólo alumbras nuestra ignorancia y ceguera alcanzándonos de Dios las luces que necesitamos para ver la verdad; mas también nos enardeces y fomentas, pidiendo incesantemente á Dios nos envíe los auxilios de su gracia, para encendernos en el fuego de su amor. Nadie más que yo está necesitado de este calor: yo me siento, Señora, tan helado y tan frío en la divina caridad, que sólo Tú con tu poderoso brazo puedes introducir en mi alma la llama de este amor; oye, pues, los clamores con que invoco su piedad; no te pido otra cosa, sino lo que Tú deseas: no son otras mis súplicas, sino que prenda en mi corazón ese fuego que vino á encender tu Hijo Santísimo; ese fuego que El mismo dijo que deseaba se propagase y se extendiese en todo el mundo: ese fuego deseo, Señora, que me abrase; ese fuego te pido; y te lo pido por amor de aquel Señor que quiso hacerse Hijo tuyo por mi amor.—Amén.

ORACIÓN PARA EL SÉPTIMO DÍA.

¡Oh Soberana Madre del Creador, Reina de ángeles y hombres, María Señora nuestra: ¿quién no reconoce en Ti para admirarlos, los benévolos efectos de la Luz? Por más que las nubes quieran obscurecer ó apagar los rayos claros de la Luz, jamás se da Ella por vencida; antes lucha siempre para romper los obstáculos y comunicar sus influjos á la tierra. Puntualmente este es el carácter de tu benevolencia y tu misericordia: no te son obstáculo para ejercitar con los mortales tus piedades, las culpas y pecados: por más que las espesas nubes de nuestras maldades y torpezas se opongan á tu voluntad, Tú no dejas de continuar protegiéndonos, y de procurar con tus súplicas y ruegos que la misericordia del Altísimo envíe un rayo de luz que nos dé á conocer el infeliz estado de un alma oscurecida con la culpa. ¡Oh, amantísima Señora! No sean dificultad ahora mis gravísimos pecados, para que extremes conmigo tus piedades: no me he portado yo como Hijo tuyo; mas no por eso dejarás Tú de portarte como Madre: muestra que eres Madre mía intercediendo con tu Hijo, á fin de que me perdone, y me dé su gracia para no ofenderlo.—Amén.

ORACIÓN PARA EL OCTAVO DÍA.

¡Oh gloriosísima Princesa de las alturas y Protectora de los hombres! El oficio más propio de la Luz es restituir á las criaturas los colores que les había robado la noche: los prados, los montes, las

flores, los animales, todo, todo vuelve á cobrar su hermosura y su color luego que sale la luz á descollar sobre los horizontes. ¿Y no es esto, Señora, lo que ejecuta tu recuerdo en nuestras almas? La noche de la culpa nos roba tristemente la esperanza de nuestra salvación; pero luego que aparece en nuestras almas la memoria de tus misericordias y clemencias, nos llenamos de esperanza, confiados en que tu patrocinio nos ha de alcanzar del Todopoderoso gracia para salir de la culpa y ponernos en su amistad. Pues sea así, Señora: válgame el conocer y confesar esta verdad, para que Tú te muevas á compasión de mi triste alma: vuelve hacia ella tus ojos misericordiosos, y no permitas la oscurezca otra vez la noche del pecado. Muestra que eres vida, dulzura y esperanza mia, y no me dejes jamás de tu mano, para que no perezca eternamente.—Amén.

ORACIÓN PARA EL NOVENO DÍA.

¡Oh piadosísima Madre de los pecadores y Reina de los ángeles! ¡Qué gloria tan grande, qué excelencia tan alta de la Luz, ser ella la que forma el día, y la que trae el consuelo á todos los vivientes! ¡Pero qué comparación merece ésta con la gloria que gozas Tú, de haber sido la Aurora que nos trajo al verdadero Sol que hizo el día claro de la ley de gracia, y el consuelo por quien suspiraron los patriarcas y profetas de la humana redención! Sea para siempre bendito aquel Señor que te sublimó á tal altura para hacernos felices á nosotros: bendito para siempre aquel Señor que quiso fueses Tú la hermosa Aurora

que nos anunciase su venida, para que supiésemos que las mercedes y beneficios que nos hace Su Majestad soberana, no nos vienen por otro medio sino por el de tu intercesión. Yo lo confieso así, Señora, y por tanto á Ti recurro, á Ti me acojo, y me pongo en tus manos, para que apiadada de mi miseria me alcances de tu santísimo Hijo el perdón de mis culpas: haz, Señora, que amanezca en mi corazón el día de la gracia y amistad de Dios, y que jamás se oscurezca con la noche del pecado.—Amén.

ORACIÓN Á LA SÁGRADA FAMILIA, CON QUE SE DA FIN

Á LA NOVENA.

¡Oh Sacratísima Familia, Jesús, María, José, Joaquín y Ana, la más santa, la más pura, y la más agradable á Dios que vió jamás la tierra! Yo os reverencio y os bendigo; y postrado humildemente en vuestra presencia, vengo á implorar vuestro favor y patrocinio. Las gravísimas culpas con que he ofendido á mi Dios y mi Señor, y el conocimiento de que no está muy lejos el último instante de mi vida, me tienen justamente temeroso de que la rectitud de su juicio me prive eternamente de su vista, y me condene á pagar en el infierno mis desacatos y osadías. Me diera por perdido, si vuestra poderosa intercesión no infundiera en mi pecho una segura confianza de que habéis de alcanzarme el perdón. Triunfantes ya vosotros, y gozando, sin riesgo de perderla, la amistad y gracia del Señor; y no teniendo ya necesidad de pedir algo para vosotros, ¿en qué podéis emplear mejor vuestro valimiento, que en suplicar

por este miserable pecador? El celo de la honra y gloria de Dios y el bien de las almas, lejos de haberse extinguido en vuestro corazón en esa felicísima morada, arde con más actividad y fervor; empleadlos, pues, en restituirme á la amistad y gracia de mi Dios: empleadlos en alcanzarme una perfecta contrición de mis pecados, un propósito firme de la enmienda de mi vida, una perseverancia final en mis propósitos, y una dichosa muerte.—Amén.

Padre nuestro, Ave María, y Gloria Patri.

Novena de la Visitación para dar gracias á la Madre Sma. de la Luz,

por su advenimiento á la Ciudad de León é impetrar una buena muerte.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Omnipotente y sempiterno Dios, cuya grandeza no cabe en los cielos de los cielos, y ante cuya majestad tiemblan de pavor las potestades y se humillan los altos serafines: ¿qué deberé yo hacer en vuestra divina presencia, cuando no sólo soy un vil y asqueroso gusanillo de la tierra, sino además, un pecador abominable, que tantas veces he provocado vuestra justicia con mis innumerables culpas y enormes delitos? Pero ¡ah, Dios y Señor mío! Yo sé que la grandeza de vuestra bondad iguala á la gran-

* Del Caudánigo Magistral de la Catedral de León, D. José de la Merced Sierra.—1883.

deza de vuestro Ser, y que si mis pecados piden venganza y castigo, la Sangre preciosísima de vuestro divino Hijo clama perdón y misericordia para este miserable. Perdonadme, pues, ¡oh Padre Eterno! por la Pasión y muerte de vuestro Unigénito, en quien tenéis todas vuestras complacencias; miradle muriendo en una cruz por satisfacer los derechos de vuestra justicia; atended á los sentimientos de su Sagrado Corazón, que Vos sólo comprendéis: y en vista de una víctima tan inocente, tan santa y tan pura, soltad el azote con que merecí ser castigado y dadme el ósculo de vuestra paz, que me restituya á vuestra amistad y gracia, en la cual deseo vivir y morir, para ir á alabar eternamente vuestras misericordias en el cielo. Así os lo ruego por los méritos de mi Redentor Jesucristo, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh Madre Santísima de la Luz, Virgen la más amable, dulce, tierna y benévola que ha salido de las manos del Creador, para consuelo, amparo y bien de todos los mortales! Nosotros Os alabamos, bendecimos y tributamos el justo, homenaje de las más rendidas gracias, por la dignación que habéis tenido de regalar á esta ciudad vuestra soberana Imagen, bendita por esa vuestra misma mano, que con tan blando afecto acarició al Niño Jesús en el pesebre, y con tan dolorosa compasión tocó sus llagas, cuando fué bajado de la cruz y puesto en vuestro regazo.

Al mismo tiempo, benignísima Señora. Os agradecemos en lo íntimo del alma, el que hayáis escogido para hacernos este rico presente, el mismo día en que nuestra madre la Santa Iglesia celebra vuestra visitación á vuestra prima Santa Isabel; en lo cual entendieron nuestros padres, y hemos experimentado constantemente, tus hijos, que veniais á dispensarnos singulares favores, como los derramasteis á manos llenas en aquella ciudad de Judá.

Con tan plausible motivo os consagramos este novenario, en el cual queremos refrescar la memoria de vuestras liberalidades, para perpetuo testimonio de ellas á las futuras generaciones é impetrar de vuestra bondad inagotable, la gracia de que á la hora de nuestra muerte, nos hagáis una visita, para entregar nuestra alma en vuestras maternales manos. Así os lo suplicamos por el divino Niño, que tan graciosamente sostenéis en vuestro brazo izquierdo.—Amén.

DIA PRIMERO.

Serenísima Reina y Señora del universo, que siendo Madre de Dios vivo, dejasteis vuestro apacible retiro y os levantasteis con santo apresuramiento, para ir personalmente á visitar á la anciana y dichosa Santa Isabel. ¡Ah! Sin duda que esta noble matrona jamás olvidaría tan alta distinción.

Pues ¿cómo podremos olvidar la que nos habéis hecho, atravesando los mares para venir á nosotros desde Sicilia y fijar aquí vuestra morada? ¿Qué visitéis en nosotros para honrarnos con esta predilección?..... ¡Oh, mil veces bendita vuestra inefable

misericordia, pues como verdadera Madre allá corréis más solícita donde está el hijo más necesitado!

Permitidnos pues, oh Madre Santísima de la Luz, que nos unamos al coro de los ángeles para daros las debidas gracias por este singular favor, y que con ellos y especialmente con nuestros ángeles custodios os supliquemos nos visitéis en la hora de nuestra muerte, y nos concedáis la gracia que en secreto os pedimos, si fuere así de vuestro agrado.—Amén.

Se hace la petición, y después se rezan tres Ave Marías en esta forma:

Dios te salve, María Santísima, Poderosísima Hija de Dios Padre, Virgen purísima antes del parto. Dios te salve, María, etc.

¡Oh Madre de la Luz, Virgen María!
Ahuyenta de tu pueblo la herejía.

Dios te salve, María Santísima, dignísima Madre de Dios Hijo, Virgen purísima en el parto. Dios te salve, María, etc.

¡Oh Madre de la Luz, Virgen María!
Asistídmela piadosa en mi agonía.

Dios te salve, María Santísima, Castísima Esposa de Dios Espíritu Santo, Virgen purísima después del parto. Dios te salve, María, etc.

¡Oh Madre de la Luz, Virgen María!
Que se salve por Vos el alma mía.

Se concluye con la oración final y alabanzas.

DIA SEGUNDO.

Piadosísima Virgen María, cuyas entrañas son tan compasivas para el miserable, que merecís el nombre, no sólo de misericordiosa, sino aun el de la misma misericordia. ¿Cuáles serían los afectuosos sentimientos de vuestra alma purísima y las dulces emociones de vuestro corazón cuando vuestros divinos ojos divisaron de lejos la habitación de vuestra prima, á donde os llevaban los impulsos del Espíritu Santo?

Pues de la misma manera, oh gran Señora, nosotros contemplamos hoy las amorosas ansias y maternal anhelo, con que os acercasteis á este humilde pueblo, por medio de vuestra portentosa Imagen, que era la prenda segura de los insignes favores con que habíais resuelto beneficiarnos.

Por tal motivo, nos postramos reverentemente á vuestras plantas, unidos con el coro de los arcángeles, para significaros nuestro eterno reconocimiento y suplicaros que en nuestra última hora, consoléis nuestra agonía con vuestra deseadísimá presencia, y entretanto nos concedáis la gracia que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marías en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA TERCERO.

*Grande asombro es, Virgen María, considerar que Vos, la Esposa del Espíritu Santo, hayáis ido á Isa-

bel, la Esposa de Zacarías; y que el Hijo de Dios humanado en vuestro seno virginal, haya ido á Juan encarcelado en el vientre de su Madre. ¡Oh qué misterio! ¡El Verbo divino rodeado de sus eternos é infinitos resplandores, se coloca hoy frente á frente de un niño envuelto en las tinieblas del pecado original! Pero ¿á quiénes vinisteis; oh Virgen Santa! cuando entró vuestra veneranda Imagen en las calles de esta población, y llegó á la pobre casa en donde había de permanecer entre nosotros? ¿Ante quiénes se presentó ese vuestro divino Niño, que mostráis en vuestro brazo izquierdo, si no fué delante de unos pobres pecadores, mil veces más necesitados y miserables que Juan el Bautista?

Os debemos, pues, por esta dignación tan excelente, todo el amor y gratitud de nuestra alma, y para satisfacer siquiera una pequeña parte de esta deuda, nos asociamos al coro de los Principados para alabaros y bendeciros, suplicándoos que cuando se anublen nuestros ojos por vuestra próxima partida de este mundo, veamos la serena luz de vuestro rostro, y si es conveniente para este fin, nos concedáis la gracia que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marías en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA CUARTO.

Purísima Doncellita y divinísima Madre de Dios, cuya humildad fué tanto más profunda, cuanto más encumbrada fué vuestra grandeza: nosotros os ad-

miramos, ensalzamos y bendecimos por haber sido la primera en saludar á Santa Isabel, regalando sus oídos con los acentos de vuestra voz argentina y dulce, que ahora regocija los cielos, con el inefable canto que sólo es dado entonar á las vírgenes que siguen al Cordero, y en cuya célica armonía dominan poderosísimamente las notas inimitables que salen de vuestra garganta.

Así creemos que al presentaros en este nuestro afortunado suelo delante de nuestros antepasados, seríais la primera en hablarles al corazón con esa voz interna y mística, que oye en silencio nuestra alma, cuando contempla vuestra soberana Imagen; y nosotros también confesamos, benignísima Protectora nuestra, que mil y mil veces os habéis anticipado á enviarnos saludables inspiraciones y á socorrer nuestras necesidades, aún antes de haber implorado vuestro patrocinio.

Por esto nos unimos al coro de las Potestades para cantar vuestras misericordias, esperando que en los últimos momentos de nuestra vida nos concederéis la dicha de oír vuestra voz dulcísima y la gracia que confiadamente os pedimos ahora en esta Novena.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marías en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA QUINTO.

¡Oh cuán grata y deseable es vuestra presencia, Virgen bondadosísima, pues basta Ella sola para que

huyan precipitadamente los males y afuayan abundantemente los bienes! Así aconteció en la dichosa casa de vuestra prima Isabel, pues tan luego como percibió la salutación que salió de vuestros graciosos labios, sintió que daba saltos de alegría el niño que llevaba en su seno. ¡Oh mil veces venturoso niño que en tales momentos, traspasando los términos de la naturaleza, anunció con sus gozosos movimientos que estaba presente el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

Pero también felices nosotros, oh Madre Santísima de la Luz, pues desde que llegasteis á nosotros, todo este pueblo ha dado saltos de alegría, viéndose por vuestra intercesión libre de los males que le han afligido y colmado siempre de celestiales favores, así en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia.

Justo es, pues, que os demos las debidas gracias, y á fin de suplir de algún modo nuestra insuficiencia, nos unimos al coro de las Virtudes para tributaros vuestras alabanzas, y pediros al mismo tiempo que os dignéis asistir á nuestro último trance y nos llenéis de alegría, para salir en paz de este mundo. Y si es conducente á este objeto la gracia particular que deseamos conseguir en esta novena, os rogamos que os dignéis otorgárnosla.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marías en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA SEXTO.

Amantísima Virgen María, cuyas santas y preciosas manos son depositarias de todas las gracias que nos concede vuestro divino Hijo: nosotros nos alegramos al considerar que por vuestra mediación, no sólo el niño Juan fué lleno del Espíritu Santo, sino que de él redundó en su bendita Madre, para que iluminada por esta Luz divina, pudiera celebrar vuestras incalificables glorias, y cantar vuestra soberana excelcitud y grandeza.

Y ¿quién, si no Vos, Señora, ha obtenido del Padre de las luces que en este pueblo arda inextinguible la fe católica, á pesar de los furiosos vientos de la incredulidad? ¿Quién, sino Vos, nos ha alcanzado tantas ilustraciones para la vida eterna, las cuales, creciendo cada día de claridad en claridad, han llegado á su mayor brillantez con la erección de este obispado, de que sois dignísima Patrona? ¡Oh insigne Bienhechora nuestra! ¡Cuán incapaces somos, no sólo de expresar sino aun de concebir cuánto os debemos! Disimulad, pues, nuestra pequeñez, y aceptad nuestras humildes gracias que con el coro de las Dominaciones os tributamos, esperando que á la hora de nuestra muerte, estando Vos presente, haréis con vuestros ruegos que la Luz del Espíritu Santo se infunda en nuestros corazones, concediéndonos, si conduce á este fin, la gracia que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA SEPTIMO.

Gloriosísima Virgen María, á quien después de Dios se debe todo honor y alabanza, con absoluta preferencia á toda otra creatura: nosotros nos congratulamos por los magníficos encomios con que contestó á vuestra salutación la santa y nobilísima Isabel, pues obedeciendo no ya á los impulsos de la amistad y parentesco, sino á las inspiraciones del Espíritu Santo, abrió sus labios llena de alborozo, y exclamó en alta voz diciéndoos: *¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!*

Estas mismas palabras, oh augusta Señora del universo, han sido repetidas en todos los siglos por todas las generaciones, y nosotros las hemos recogido de los labios de nuestros padres, cuando éramos todavía niños, y después, de la boca de los predicadores que nos han enseñado á honrarlos, en unión de vuestro tierno Niño, con estas expresiones, tan llenas de unión celestial y de sagrado fuego.

Bien sabéis, Madre Santísima, que en vuestra devoción hemos cifrado nuestra dicha, especialmente desde que os dignasteis honrar este lugar con vuestra presencia; por lo cual celebramos hoy vuestras grandezas con el coro de los Tronos, suplicándoos que á la hora de nuestra muerte, no veamos á vuestro divino Hijo como Juez tremendo, sino que nos le presentéis en vuestros brazos como dulce Niño; y finalmente, que si la gracia que ahora os pedimos ha de conducirnos á nuestra salvación, nos la concedáis propicia.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA OCTAVO.

¡Con cuánta razón, oh excelsa Virgen, vuestra dichosa prima, después de haberos proclamado la bendita entre las mujeres, y bendito también el precioso fruto de vuestro seno virginal, añadió penetrada de la más profunda humildad: "Y ¿de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?..... Bienaventurada la que creiste; porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor."

¡Oh! ¡qué cuadro tan sorprendente y magnífico se presentaría entonces á la mirada profética de Isabel! ¡Un Dios hecho Hombre! ¡Una Virgen hecha Madre de Dios! ¡Los resplandores de la Divinidad del Hijo envolviendo la fecunda virginidad de su Madre! ¿Cómo, pues, no había de humillarse Isabel?

Pero, Señora: ¿con cuánta mayor razón debemos humillarnos nosotros, al ser honrados con vuestra visita? ¡Ah, Madre Santísima de la Luz! En este vuestro pueblo, ni los padres de familia son como Zacarías, ni las madres como Isabel, ni los hijos como Juan. Todos somos unos pobres pecadores; mas no por esto nos habéis desechado, sino antes bien nos habéis cubierto con vuestro manto, manifestando así que la Reina de la misericordia tiene por súbditos á los miserables.

Por tan inestimable é inmerecido favor nos postramos á vuestros pies, con el coro de los querubines, y en unión de ellos os rogamos que en la hora de

nuestra muerte nos infundáis con vuestra presencia, sentimientos de humildad para ser exaltados á la vida eterna, y nos concedáis la merced que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA NOVENO.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Vos coronasteis vuestra visita á Santa Isabel, con un cántico tan divino, que sólo vuestros labios fueron dignos de entonar. ¿Cómo, pues, nos atreveríamos á pronunciarlo, si no es porque sabemos que una madre gusta de que su hijo repita, aunque sea balbuceando, las palabras que ella le dicta? Concedédnos, por tanto, altísima Señora; que primero purifiquen los serafines nuestra lengua con su sagrado fuego, para decir después con toda la efusión de nuestra alma:

Glorifica mi alma al Señor: y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas, el que es Todopoderoso: y Santo el nombre de él:

Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen.

Hizo valentía con su brazo; esparció á los soberbios del pensamiento de su corazón.

Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

Hinchó de bienes á los hambrientos: y á los ricos dejó vacíos.

Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

Así como habló á nuestros padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos de los siglos!

¡Oh María! Por amor de la Sabiduría Eterna que os inspiró estas palabras, dignaos visitarnos á la hora de nuestra muerte y recibir en vuestras manos nuestro espíritu.

Se hace la petición, se recan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la siguiente

ORACIÓN FINAL.

¡Oh Madre Santísima de la Luz y dulcísima Madre nuestra! El número de los favores, gracias y dones que os debemos, excede á cuanto puede retener nuestra memoria, á cuanto se ha consignado en los anales de este pueblo, á todo, en fin, cuanto puede expresar nuestra torpe lengua, y sólo está escrito en vuestro amantísimo Corazón y en el de vuestro divino Hijo. ¡Ojalá hubiéramos correspondido á cada una de vuestras finezas con el amor y gratitud que justamente habéis merecido! Pero ¡ay! para confusión nuestra, confesamos que mil y mil veces, olvidando vuestras bondades, hemos perpetrado tantas culpas, iniquidades y crímenes, que á veces hemos obligado al Dios justo á descargar sobre nosotros el castigo; mas apenas hemos recibido el pri-

mer azote, cuando Vos, enternecida por nuestro llanto, os habéis interpuesto entre Su Majestad y nosotros, y con vuestros maternales ruegos habéis desarmado su brazo.

¡Ah, Madre Santísima de la Luz! Nunca, nunca, por piedad, nos abandonéis, porque ¿á merced de quién se quedaría este obispado? ¿Con quién nos quedaríamos nosotros? ¿Con quién nuestras familias y nuestros hijos? ¿Con quién todo este pueblo que tanto habéis amado?

No, Señora, creemos que no tendréis corazón para abandonarnos, porque una Madre como Vos, no puede olvidarse de sus hijos, aunque delincuentes.

Alcanzados, pues, los sentimientos de una verdadera y eficaz penitencia de nuestros pecados; enjuagad, como siempre, nuestras lágrimas, remediad nuestras necesidades, protegéd á las personas que celebran vuestro advenimiento á esta ciudad, cubridnos á todos con vuestro manto, para vivir siempre bajo vuestra protección, y dignaos cortar Vos misma con vuestras manos el hilo de nuestra vida, para entregar en ellas nuestra alma á nuestro Creador, que vive y reina por los siglos de los siglos.—Amén.